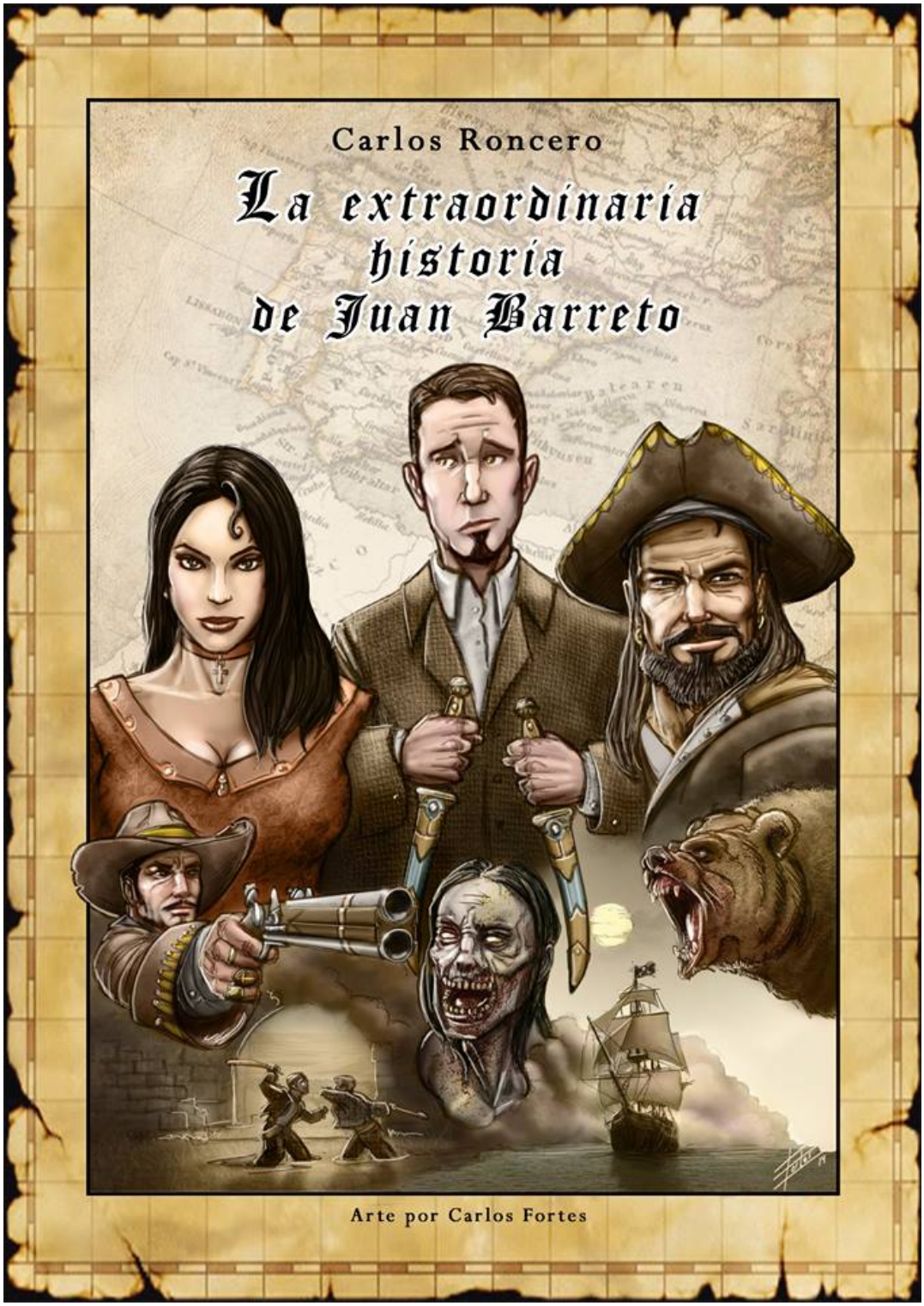
La extraordinaria historia de Juan Barreto 16-22

Carlos Roncero



Capítulo 1

Hola, amigos.

Debido a problemas ténicos, no se ha podido pasar mi antigua cuenta de doctorkauffman. He creado una nueva. Retomo, pues, la pubicación de "La extraordinaria historia de Juan Barreto". No recuerdo el capìtulo en el que me quedé. Por eso, publico ahora del 16 al 22. Podéis entrar en mi blog si queréis empezar desde el principio. Es muy fácil pues están agrupados de diez en diez.

16

La mañana llegó y con ella la partida a Madrid del joven maestro. Nacemos con el amanecer y morimos con la caída del sol; en eso consiste nuestra empatía con la naturaleza. Juan Barreto despertó con el ánimo que nos regala el alba. Atesoraba el maestro una pizca de vanidad que solo gastaba en ocasiones especiales. Hasta el más humilde de los santos debió de sentir algo de vanidad al verse señalado como tal, se excusó el maestro mientras se contemplaba al espejo con su nueva indumentaria. Alternaba ambos perfiles convenciéndose de que podía pasar perfectamente por un caballero de la época. Una rica tonalidad de azules componía el conjunto, con la única excepción de los calzoncillos y de la camisa, que eran blancas. El pantalón le generó unas dudas espantosas pues solo le llegaba a las rodillas, preguntándose si no se habría errado el pirata con la talla o si sería una más de sus burlas. No fue hasta que se colocó las medias cuando comprendió que estas eran inseparables de los calzones, uniéndose ambas prendas en las rodillas. Supuso que la camisola iría sobre la camisa, riendo ante la chorrera que la decoraba. Dedicó un tiempo cercano al escándalo en descubrir si a los botones superiores de la chaqueta les correspondería ir abrochados o, por el contrario, abiertos. La incomodidad de hacer lo primero le llevó a decantarse por lo segundo. Con la casaca el rostro le cambió. Nunca había sido amigo de mirarse al espejo, pero con aquella prenda se sintió por primera vez orgulloso de su imagen. Los zapatos cerrados y de piel oscura le resultaron un tanto ridículos, pero debía de reconocer que eran cómodos con tacón y todo. Eso sí, se negó con brío a ponerse la ridícula peluca. El sombrero tricornio le gustó, realzaba su cabeza, especialmente cuando sonreía, o al menos eso creía él.

- Ah, bajáis por fin- dijo Sabino a modo de saludo cuando le vio aparecer en la taberna.

- Lamento el retraso, pero es que me resultan un tanto incómodas estas ropas.

- ¿Muy humildes para vos, tal vez?- preguntó con inquietud.

- No, todo lo contrario. No sé que pretende don Diego vistiéndome así.

-¿Pues acaso no sois un caballero?- y su voz mostró tanta alarma como extrañeza.

- No, claro que no. Soy un maestro de escuela.

Sabino se frotó la barbilla.

- Pues ahora que lo decís, sí que me resultan extrañas esas ropas, pero no es que os encajen mal, es como si fuerais vos quien no encaja en ellas. Es muy raro, ¿no creéis?

Juan Barreto no quiso darle la razón en algo tan obvio para él, de modo que cambió de tema con mucha educación.

-¿Estoy a tiempo de desayunar?

- Imposible. La collera espera fuera.

-¿La qué?

- La collera, el transporte. En vista de lo que tardabais la he hecho venir. Os he preparado unas viandas. Comeréis durante el viaje. Tiempo tendréis, es un camino largo- y sonrió-. Esperad, voy a por el encargo de don Diego.

Juan Barreto se tensó al oírlo. Por fin saldría de tanta incertidumbre. Trató de no aparentar nerviosismo y buscó una pose de indiferencia apoyándose en la barra. Tras varios intentos, optó por quedar con el brazo derecho apoyado en la barra y el izquierdo en jarra con su cintura, mas no terminó de quedar satisfecho. Sabía que faltaba algún detalle a su pose para ser perfecta. Justo en el último momento, cuando ya oía los pasos del tabernero, añadió cruzar el pie derecho para apoyar su punta en el suelo; postura, esta, en efecto, característica de quien quiere aparentar justo lo contrario de lo que siente. No tardó Sabino en aparecer con el encargo. Juan Barreto quedó solidificado al verlo.

- Os acordáis de la Rocío, ¿verdad?- y enseñó la sonrisa que acompañaba siempre a esa pregunta-. Ya lo creo que sí.

Sabino la había traído tirándole del brazo. Rocío respiraba algo agitada, resto probablemente de algún enojo anterior. Su rostro serio dejaba muy claro que debían mantenerse las distancias con ella. Había desterrado sus ropas de moza del mesón para aparecer con un ajustado vestido color pastel, de casaca en "V" y una falda con armazón de caña que le realzaba, aún más si cabe, su figura. Los pechos suplicaban por un poco más de espacio y el pelo le caía rebelde sobre los ojos. Llevaba un pequeño saco de piel a modo de equipaje.

-¿Esto es el encargo?- preguntó nervioso Juan Barreto.

La joven abrió los ojos escandalizada.

- Esto se llama Rocío- reivindicó con fuerte acento andaluz apartando la vista para reforzar su enfado, a lo que añadió un soplo severo sobre su flequillo.

-Por supuesto, os ruego me disculpéis, no quise ofenderos- balbuceó avergonzado de su torpeza.

- Bueno, bueno, bueno- interrumpió Sabino con tosquedad y tirando del brazo de Rocío-, afuera todos, que nos coge el toro.

Juan Barreto no pudo evitar la embestida del tabernero, saliendo irremediablemente a la calle, donde un pequeño coche tirado por cuatro mulas les esperaba. Detrás del carro había un adolescente moreno y flaco que daba pequeños saltitos, como si estuviera esperando la orden para echarse a correr. Como conductores, dos hombres de vestiduras rancias y semblantes agrios aguardaban pegándose como si fueran niños. Pararon su divertimento al ver a los pasajeros.

- ¿Tengo que entregar a Rocío al director del teatro?- le preguntó a Sabino aprovechando que Rocío pasaba revista al coche.

El orangután inclinó su enorme envergadura hasta alcanzar el oído del maestro.

- Sí, eso dejó ordenado. Pero no os relajéis, que no es encargo cómodo.

- ¿Ah, no?- preguntó con su facilidad para impresionarse.

- No, Rocío no es quien aparenta ser. Don Diego dejó bien claro

que no había que quitarle el ojo de encima.

- ¿Y quién es entonces?

- Ah, no lo sé. Eso nunca lo ha dicho don Diego. Lo que sí os puedo asegurar es que ya quisiera veinte como ellas trabajando en la gata golosa; me haría rico hasta hartarme. No negaréis que no es buena.

Ahí estaba esa sonrisa que ya había empezado a odiar el maestro.

- Cochero- gritó Sabino. Los dos hombres se giraron para mostrar sin reparo toda su fealdad-. Ve con cuidado. Si les pasara algo a estos señores yo mismo me encargaré de cortarte el gaznate y dar tu sangre para que la beban los cerdos.

Los cocheros sonrieron gustosos para mostrar los escasos y ennegrecidos dientes que aún conservaban. Juan Barreto miró con cierto temor a Sabino.

- No os preocupéis- le tranquilizó el tabernero-, son feos como el demonio pero buena gente. Doy fe. De todos modos, tened esta daga. Guardadla donde no sea visible- y usó su cuerpo como muro para ocultar el traspaso-. ¿Protegeréis con vuestra vida a Rocío?- le preguntó como se pregunta a los valientes en su hora final. No había terminado de balbucear el maestro un retraído sí cuando Sabino estalló con una efusiva exclamación, no fuera que el maestro se echara atrás-. ¡Ah!, ya sabía yo que podíamos contar con vos. Tened- y le ofreció una pequeña bolsa de cuero-. Os he cambiado el diamante por reales. Por supuesto, he descontado mi parte por los gastos de vuestra estancia y ropas, y os guardo en mi humilde taberna el resto a la espera de vuestro regreso triunfal- y sonrió mostrando sin complejos su maltratada dentadura. En aquel instante un grito de esos que anuncian catástrofe por un pequeño contratiempo interrumpió la conversación.

- Ay, virgencita, aquí dentro hay alguien- protestó Rocío al asomarse al coche- .No pienso subir. Sabino, me dijiste que iríamos solos- le recordó con el tono de un sargento mayor ante su recluta más insignificante.

Sabino, asustado, asomó su redonda y enorme cabeza por la puerta. A su derecha, sentado justo en el centro del asiento, un hombre de mediana edad, aspecto honorable y nariz puntiaguda miraba circunspecto al frente ignorando por completo, o aparentando ignorar, la testa intrusa. Sobre sus muslos reposaba una bonita cartera de cuero.

- Rodolfo de Sotomayor, escribano del rey- anunció sin dignarse a

mirarle-. ¿Y vos sois?

Sabino no contestó. Se limitó a sacar la cabeza del coche.

- Es inofensivo- sentenció a punto de reírse-, no haría daño ni a una mosca-. Así que endulza tu genio y sube al coche, jovencita- Rocío sopló su flequillo y obedeció con la cabeza bien alta. El tabernero aprovechó el momento para volver a bajar la voz y hablar con Juan Barreto-. ¿Habéis guardado la daga como os dije?- el maestro asintió-. Bien. Don Diego no se equivocó al hablarme de vos. Sois un valiente- y le estrechó conmovido la mano.

Juan Barreto y Rocío se acomodaron frente al escribano, quien de inmediato clavó sus ojos en el escote de la joven.

-¿Y ese de ahí detrás?- preguntó seca Rocío refiriéndose al adolescente que daba saltitos tras el carro.

- Es mi criado- contestó el escribano con una voz tan aguda como su nariz.

- ¿Y no le hace subir?

- ¡A mi criado!- exclamó ofendido aunque sin levantar la voz-, ¿adónde vamos a parar?

- ¿Y entonces qué va a hacer?, ¿seguirnos corriendo?

- En efecto, señora. Pero presentémonos. Rodolfo de Sotomayor, escribano mayor del reino, para serviros- e hizo un gesto con la mano que podría pasar como una reverencia.

Juan Barreto había quedado algo aturdido por el aspecto refinado del pasajero. De hecho, un extraño complejo de inferioridad le había asaltado ante su presencia.

- Juan Barreto, maestro mayor del reino- dijo tratando de quedar a la par.

-Y yo soy la Rocío, puta mayor del reino- gritó con autoridad y hastío la lozana andaluza- ¿Podemos irnos de una santísima vez?

17

Viajar con extraños es una experiencia que rara vez olvidamos. Puede resultar una caja de sorpresas o, por el contrario, de Pandora. La última

es común que se dé cuando, por razones por completo aleatorias, escasea la asertividad entre los viajeros. Digamos que, desde la primera toma de contacto, desde el primer metro avanzado, la conectividad está condenada al fracaso. En tales casos, conversaciones tan iniciáticas como la del tiempo atmosférico sirven lo mismo que un palo a un herrero. Este era el caso de la collera donde emprendía su aventura Juan Barreto. Él contribuía con su timidez, el escribano con su aire prepotente y Rocío con su intolerancia a la petulancia. Como consecuencia de todo ello, el silencio se impuso desde que salieron de Cádiz, contribuyendo a que las leguas se sucedieran pesadamente.

El paisaje, inquietante al principio para Juan Barreto, por la novedad, empezó a resultarle anodino a medida que los olivares colmaron el horizonte. No solo para matar el hambre sino también algunos minutos, decidió comer de las viandas que portaba, básicamente pan y chorizo. Así, además, podía justificar su mutismo, pues de todos es sabido que con la boca llena no se habla. Mientras, Rodolfo de Sotomayor miraba los pechos desbordados de la andaluza, aunque, eso sí, de soslayo, que es como se ha de mirar siempre un escote. En el exterior, su criado seguía a buen trote a la collera. El calor empezaba a apretar.

-¿Es que ese de ahí fuera nos va a seguir todo el rato?- preguntó Rocío a modo de protesta solidaria.

- No os preocupéis, bella dama, os aseguro que mi criado está más que habituado. Viajo con frecuencia a Madrid.

-¿Pero es que no es usted cristiano?- continuó la joven con la ofensa a flor de piel.

- No es una cuestión de religión, sino de posiciones- contestó con indiferencia- En efecto, en este mundo, cada uno de nosotros debe estar en su sitio; su sitio está ahí fuera, el mío aquí dentro.

- ¿Y mis ojos, sabe dónde están?- el escribano la miró algo turbado- Aquí arriba- contestó ella señalando sus dos hermosos ojos azabaches-, no aquí abajo; aquí están mis pechos- protestó-, viejo verde- y apartó la vista para fijarla en la ventanilla.

- Os ruego que me disculpéis- dijo llevándose a la boca el pañuelo blanco con el que se abanicaba con amaneramiento-, pero soy de la opinión de que la belleza no se debe dejar de admirar bajo ninguna

circunstancia.

Rocío viró su rostro hacia Juan Barreto. La sensualidad habíase mudado en ira contenida, pero su belleza continuaba intacta.

- Ay, virgencita, dios me libre- le dijo en voz baja-, pero yo a este lo mato antes de llegar a Madrid- y sopló hacia arriba para quitarse el pelo de los ojos-. Con ese cuchillo que os ha dado el Sabino y que habéis escondido en vuestra casaca, que lo he visto.

Juan Barreto quedó atrapado en las pupilas furiosas de la joven.

- ¿Qué?-preguntó ésta impaciente.

El maestro apartó el rostro haciendo aún más patente su cohibimiento.

- Nada.

- No, decid, vamos, estabais pensando en algo.

El maestro la miró como quien mira al león en la sabana: expectante, inmóvil, aterrorizado por el ataque feroz que el felino acabará perpetrando.

- Pensaba en vuestro destino.

- Nadie conoce nuestro destino, solo el altísimo.

La voz no había salido de la andaluza sino de Rodolfo de Sotomayor, ansioso por entrar en la conversación.

- Vos a callar, que nadie os ha dado vela en este entierro- le ladró Rocío. De inmediato, suspiró haciendo acto de contrición, y miró al maestro para contestarle.

- ¿Con mi destino os referís a Madrid, al teatro?

- Sí.

La ilusión anidó en el rostro de Rocío confiriéndole una naturalidad que aún no había tenido ocasión de mostrar, como si

mencionar el teatro le hubiera vuelto más humana.

- Don Diego me ha apalabrado una prueba en el teatro de Crispín. Dice que yo valgo mucho.

- De eso no me cabe duda- intervino el escribano siempre adulador.

Rocío no medió palabra. Directamente buscó hurgar en la casaca del maestro para arrebatarle con habilidad el cuchillo.

- Yo a este desgraciado le rebano el cuello aquí mismo- dijo mientras trataba de acuchillarle, y de no ser por el esfuerzo que Juan Barreto hizo para impedírselo, el reino hubiera tenido que lamentar la pérdida de uno de sus más destacados funcionarios. Una vez calmada la furia, el escribano despegó su cabeza del respaldar del coche y sonrió con aires de prepotencia, pues solo los cobardes sonríen así cuando pasa el peligro.

- Mi bella dama, soy un hombre del rey; si me tocáis, estáis perdida.

- Pues entonces callaros de una vez, por dios- le pidió el maestro sorprendido él mismo con el mando que había conseguido dotar a su voz- .Tengamos el viaje en paz.

- Estoy de acuerdo- dijo el escribano con naturalidad-. Bella dama, os ruego humildemente que me disculpéis.

Rocío cruzó los brazos y miró a un lado como lo hacen los niños al enfadarse.

- ¿Me darás el cuchillo ahora?- le preguntó Juan Barreto.

- No- rugió ella, para inmediatamente bajar el tono-, todavía no; cuando se me pase la rabia que llevo dentro- y se sopló el flequillo.

Se hizo el silencio el tiempo suficiente para la reflexión. Juan Barreto estaba en extremo intrigado con la joven gaditana. ¿Qué escondía bajo esa fuerte personalidad? ¿Quién era realmente? Basta que alguien deje en el aire un enigma sobre una persona para que este evolucione a misterio y se esconda dentro de un laberinto. ¿Qué podía haber visto en ella, además de su belleza, don Diego para protegerla? ¿La historia del teatro no sería más que una tapadera para ocultar una misión de signo bien distinto? La imaginación del maestro se disparó colocando a la joven como espía mortífera de algún noble involucrado con el pirata en una

conspiración propia de las altas esferas. Arrugó el rostro como si hubiera chupado un limón reprochándose su fantasía desbocada. Miró de soslayo a Rocío, pero al rostro no al escote, para reconocer que, a pesar de su furor espontáneo, no era más de lo que aparentaba: una jovenzuela salida del arroyo y hecha a sí misma. La supervivencia había sido su único objetivo en la vida, habiéndole ayudado, y mucho, la sensual belleza de su rostro y el modelado de su figura. Se alegraba ahora Juan Barreto de no haberle permitido seducirle durante el baño, por mucho que ella se hubiera ofendido y hubiera salido de la habitación con un portazo reivindicativo de sus más que famosos encantos.

La posta se hizo de rogar y el paisaje tornó en una llanura interminable salpicada de olivos que llameaban bajo el sol. El criado sudaba a mares, pero, al menos en apariencia, todavía era capaz de seguir el ritmo del coche. De vez en cuando, pequeñas agrupaciones de encinas aparecían para distraerles de la monotonía. Fue allí donde empezaron a ver un gran número de familias a ambos lados del camino. Quedó impactado Juan Barreto no tanto por la podredumbre que les acompañaba, sino porque ninguno de ellos les pidiera nada, ni siquiera asomando la palma de las manos. Únicamente miraron expectantes el paso del carruaje, como si de él esperaran salir un milagro. Entre los pasajeros de la collera se hizo el más absoluto silencio hasta que uno de ellos lo rompió.

- Muertos de hambre- dijo con desprecio aristocrático el escribano al tiempo que alzaba la cabeza como si quisiera liberar a su nuez de la opresión de la camisa.

Rocío y Juan Barreto le miraron con incredulidad.

- ¿Me das de nuevo el cuchillo, por favor?- le pidió Rocío al maestro.

El escribano sonrió captando el mensaje.

- Vamos, no me digan que no han pensado lo mismo.

- Pues no- contestó Rocío airada y adelantándose a su compañero.

- Pues os ruego que me perdonéis pero no os creo. El país está lleno de vagos como estos, es como una epidemia, contagiosa. Yo mismo he tenido que escriturar pueblos enteros de vagos, que no hacen nada por medrar y mendigan a la espera de que la divina providencia les convierta en nobles.

- ¿De verdad pensáis así?- intervino por fin el maestro. Para él, esa imagen había equivalido a la de muchos jornaleros de su pueblo en los meses en los que ni se sembraba ni se cosechaba, sin nada, solo con los ojos grandes, expectantes ante algún milagro que tuviera a bien obrar el cacique. Para que los hijos de los jornaleros pudieran asistir a la escuela el maestro les ofrecía el desayuno, llegando por este motivo Juan Barreto a fin de mes sin apenas una peseta en el bolsillo. Oír el discurso inmisericorde del escribano le había repugnado hasta el vómito.

- No es un pensamiento, es una realidad. Me extraña que usted, como maestro, no lo sepa. En este país el que no trabaja es porque no quiere.

- Pero si las tierras no son de ellos- argumentó manteniendo la calma pero desafiante con la mirada.

- ¿Así que vos sois también de esa corriente…cómo se hacen llamar? Fisiócratas- y sonrió condescendiente-. Alguno de ellos ha logrado entrar en el gobierno. Está claro que nuestro rey está muy mal asesorado. Qué cerca estuvimos de echarlo cuando lo del italiano. Perdimos nuestra oportunidad y, claro, luego se cebó con los jesuitas, como si hubieran tenido la culpa de algo. Fue a por sus tierras y sus inmuebles, movido sin duda por los fisiócratas. ¿Y sabéis lo que quiere hacer con las tierras? Dárselas a esos vagos que acabamos de ver. Así hizo con las tierras de la corona, y así les va.

-¿Entonces por qué trabajáis para él?- preguntó Rocío más asqueada que ofendida.

- Mi bella dama, yo soy un funcionario, como aquí vuestro…lo que sea, que es maestro. Yo no trabajo para el rey, yo trabajo para el Estado, que es diferente, es inmortal; al Estado soy fiel y siempre lo seré- de pronto enseñó la sonrisa que provocan las buenas noticias-. Ah, paramos, loado sea el señor, hemos llegado a la posta. Estoy hambriento.

El criado se detuvo al tiempo que lo hizo el carruaje. Continuó moviendo los pies un instante, como si quisiera continuar corriendo sobre ese punto y luego se desmayó.

- Lorencito- le llamó el escribano mientras entraba en la posta-, estás perdiendo la forma. Antes resistías mucho más- se colocó la cartera bajo el brazo y entró.

- Traed agua- le dijo Rocío a Juan Barreto-, yo le cuidaré. Vos entrad a comer, si queréis, yo no tengo hambre. Imposible tenerla viajando con semejante imbécil- dijo señalando con la barbilla a la puerta

de la posta.

18

Juan Barreto tampoco tenía mucho apetito, pero aún así comió, aunque procuró hacerlo lejos del escribano. Su compañero de viaje le resultaba repugnante y, sin embargo, debía agradecerle dos hechos incontestables. Uno, que sus ropas eran muy similares a las suyas, pudiendo comprobar que se había vestido correctamente; y dos, que al fin tenía un dato preciso sobre el reinado en el que se hallaba pues había mencionado la revuelta del italiano, refiriéndose, sin duda, al motín que sufriera el monarca Carlos III a causa de las reformas de su ministro, Esquilache. Saberlo le reconfortó por los motivos expuestos más arriba.

Habiendo llegado a mediodía, encontraron la posta alegremente concurrida. Pudo, no obstante, el maestro hallar un pequeño rincón junto a la ventana para almorzar. La visión del notario salivando ante las chuletas de cordero que había encargado, le hizo apartar la vista. Cayeron sus ojos en el exterior de la posta extrañándose al ver a los dos cocheros discutir vivamente. Algo tenían sus semblantes que le generaban una profunda desconfianza. Hubiera dado su mano derecha por poder escucharlos. No había terminado de formular tal deseo, cuando sonrió ante su propia torpeza; solo tenía que abrir la ventana lo suficiente para que sus voces entraran mansamente. Miró a todos lados y abrió con sumo cuidado deseando que el pomo no chirriara.

- Te digo que esta noche no- dijo el más feo, aunque concretar quién poseía el mayor grado de fealdad fuese casi imposible.

- Y yo te digo que sí- y escupió. De alguna manera, el más bajo, mejor calificarlos por altura, siempre escupía cada vez que terminaba de hablar.

- Pero no hemos avisado.

- Avisar, ¿para qué?, ¿pero es que no has visto a esa hembra?

- Sí, es hermosa.

- ¿Hermosa?, la vieja se volverá loca de alegría cuando se la llevemos- y escupió.

- ¿Y los otros tres?

- ¿Es que no te has fijado? No valen ni para levantar una mesa. Es más peligrosa la hembra que los tres juntos. Además, para eso están

los nietos de la vieja. Hazme caso, la vieja nos dijo que estuviéramos atentos a la mercancía que viniera por este camino; ese enclenque coincide bastante con los rasgos que nos dio; lo llevamos ante ella y si es, pues bien hallado y si no es, pues seguro que nos alcanzan unos buenos dineros igualmente, que siempre anda necesitada de desgraciados para alimentar a su marido, ¿o es que no la conoces?

Juan Barreto quedó aterrado. Los dos cocheros habían estrechado sus manos, luego de que el más bajo hubiera escupido, abandonando así la parte trasera de la casa. La mano del joven maestro había quedado en rigor mortis, incapaz de soltar el pomo de la ventana. Las piernas le temblaban y el corazón se le había acelerado. El más crudo de los terrores le impedía moverse. Sin embargo, era preciso hacerlo, pensar algo y rápido. Los dos hombres no les habían nombrado expresamente pero estaba seguro de que se habían referido a ellos. Les habían vendido y esperarían el momento oportuno para asestar el golpe en lo que prometía ser una larga noche tenebrosa.

El miedo es legítimo, sin duda, pero no debemos apelar demasiado a ese derecho, pues acabaría por justificar nuestra perdición. El miedo nos pierde, es el principal recurso del que se vale el enemigo. Nos embota, nos nubla, paraliza nuestro raciocinio haciéndonos perder un tiempo precioso y, sin embargo, es legítimo. Desde luego, Juan Barreto no albergaba duda alguna sobre su legitimidad. Su cabeza había quedado en blanco. Deseó en aquel momento haber sido otra clase de persona. Alguien más resolutivo y decidido frente a las adversidades, pero siempre había sido un hombre pacífico, apéndice de un montón de libros que le habían enseñado una gran variedad de utilidades menos las dos más importantes, sobrevivir y defenderse. Recordó entonces su gesto heroico al arrojarse al mar, salvando así la vida del pirata y la suya propia. ¿Por qué no podía volver a tener un acceso de coraje como aquel? Quizás porque ahora se requería también un plan, con su principio, su desarrollo y su desenlace, éste último a ser posible feliz, y previo uso de una fuerza que no tenía.

Él era un cobarde, el escribano un incapaz y el criado un adolescente exhausto y casi inánime. Con semejante plantel le iba a resultar difícil plantear una alternativa al plan de los cocheros. Miró a su alrededor pero no distinguió nadie en la posta digno de confianza. Quiso reflexionar sobre el concepto relativo de confianza pero, consciente de la estupidez de ese acto en aquel momento, salió de la casa resuelto a revelar a Rocío la traición de los cocheros. Un obstáculo inesperado se lo impidió.

- ¿Habéis comido ya?

La pregunta la había hecho el más alto de los cocheros. Los dos compartían la misma mirada siniestra y sonrisa bravucona. Apoyados a

ambos lados de la puerta, apagaron de inmediato el conato de espíritu resolutivo que había podido reunir el maestro.

- Algo- balbuceó.

- Nosotros entraremos a beber unos vinos- dijo el más bajo, para de inmediato escupir detrás de sí. Ambos hicieron por entrar al mismo tiempo, dejando claro que querían imponerse al maestro; este no tuvo otro remedio que bajar la cabeza y retroceder para que pudieran entrar.

- Al fin aparecéis- protestó Rocío al ver llegar a Juan Barreto. Continuaba abanicando con su pañuelo al adolescente, mientras este, en su regazo y ya consciente, clavaba su mirada en los pechos de su enfermera-. Este no levanta cabeza- Decir eso y darse cuenta de la mirada del jovenzuelo fue todo uno-. ¡Pero será posible!- y se levantó dejando que la cabeza del criado golpeara el suelo- ¿Qué tiene todo el mundo con mis pechos?

Juan Barreto dedujo hábilmente la intención retórica de la pregunta y optó por mantener la boca cerrada, aunque no pudo evitar que sus ojos se posaran en el objeto de la protesta.

-¡Aahh!- gritó ella hastiada-. ¡Vos también!- y se alejó rumbo al coche.

- Esperad, esperad- dijo él corriendo tras ella.

- Dejadme en paz. No quiero hablar con ningún hombre en lo que nos queda de viaje- y se metió en el coche.

Juan Barreto definió la situación como angustiante. No podía permitir que continuaran el trayecto sabiendo la intención de los cocheros, pero al mismo tiempo, era lo suficientemente débil como para intentar ir al coche y contárselo. En aquel instante, el escribano salió de la posta con la expresión propia del saciado impresa en su rostro.

- Ah, estáis aquí- exclamó alegrándose de ver al maestro- fantástico, podremos reanudar la marcha. Lorencito, vamos, en pie, que nos vamos.

Juan Barreto caminó tras el escribano.

- Esperad, Rodolfo, he de deciros algo- comentó en un susurro en cuanto le alcanzó.

- ¿Y bajáis la voz para decírmelo? Interesante.

- Veréis, es que…

- ¿Desean continuar viaje los señores?- preguntó el más alto de los cocheros apareciendo de improviso junto a su inseparable compañero.

- Por supuesto- señaló el escribano-, no hay tiempo para una demora innecesaria, ¿no creéis vos, Juan Barreto?

El maestro miraba intimidado a los cocheros, quienes no apartaban sus ojos desafiantes de su figura.

- No, claro que no, sigamos- dijo con timidez y al pasar junto a los cocheros bajó la vista acobardado.

- Decidme, ¿qué era eso que queríais contarme?- le preguntó el escribano a punto de subirse a la collera.

Juan Barreto miró de nuevo a los cocheros y suspiró resignado.

- Si os había gustado la comida- simuló subiendo tras el escribano.

- Oh, he comido mejores corderos, pero no vale la pena lamentarse por ello. Es una simple posta. No podemos pedirle peras al olmo, ¿no pensáis lo mismo?

- Vuestro criado no ha probado bocado- se quejó Rocío echándole fuego por los ojos al verle entrar.

- Oh-exclamó Rodolfo insensible-, pues tiempo ha tenido.

El adolescente empezó a calentar dando pequeños saltitos antes de que el cochero alto fustigara a las mulas para partir, y este no lo hizo hasta asegurarse de que su compañero había escupido.

Lo primero que hizo el maestro al notarse en movimiento fue comprobar que conservaba el cuchillo en el bolsillo interior de su casaca. Suspiró algo aliviado al palparlo.

- Por dios, Juan Barreto- empezó el escribano- qué cara lleváis. Si no es porque no creo en espectros ni fantasías de esa índole, diría que habéis visto un fantasma.

- Si hasta estáis sudando- añadió Rocío más a modo de queja que

de curiosidad.

Juan Barreto cogió aire y miró a sus acompañantes.

- Nos van a traicionar- dijo al fin.

- ¿Quiénes?- preguntó la andaluza inquieta ante tamaña confesión.

El maestro le indicó con el índice que no gritara y luego dirigió su dedo al techo.

- ¿Los cocheros?- bajó la voz el escribano. Juan Barreto asintió-. Entiendo- añadió sin inmutarse.

- Los he oído mientras estábamos en la posta.

- Ay, virgencita, ¿y qué hacemos?- preguntó nerviosa Rocío- el cuchillo, dadme el cuchillo, que les saco la sangre ahora mismo.

Su supuesto protector hubo de forcejear con ella para impedir que le quitara el cuchillo.

- ¿Estáis seguro de lo que decís?- preguntó el escribano.

- Sí, bueno, supongo…

- ¿Lo estáis o no lo estáis?- gritó Rocío.

- Sí que lo estoy- gritó en un susurro.

- ¿Les habéis oído hablar de nosotros?- continuó el escribano.

- Bueno, de nosotros no exactamente, no. Quiero decir que no nos llamaron por nuestros nombres, pero hablaban de una mujer y tres hombres; y de entregarnos a una vieja y a su marido para comernos- en este punto, bajó el tono de su voz, indeciso al ver los rostros incrédulos de sus acompañantes-. Bueno, o quizás hablaran de…

-¿De..?- prolongó el escribano con una sonrisa expectante- ¿Veis, mi buen maestro?, ahora dudáis. Es probable que el objeto de su discusión fuera algún tipo de ganado, ovejas, por ejemplo. No, despreocupaos y procurad disfrutar del viaje, que aún nos quedan leguas para llegar a Madrid. Los cocheros conocen bien mi posición en la corte; no creo que se arriesguen a tocarme. Ahora, con vuestro permiso, echaré un pequeña cabezadita. Os ruego, mi joven dama, que no hagáis ruido.

Rocío apretó retadora los ojos pero no tuvo tiempo para la réplica, pues el escribano cerró los ojos y apoyó la cabeza en su respaldo.

- Menuda cruz es este- refunfuñó la gaditana

-Os he oído- protestó Rodolfo con tono cansado cruzándose de brazos para acomodar mejor su cuerpo a la siesta.

- Pues no me oigáis. A dormir, eah.

El calor de las primeras horas de la tarde no tardó en provocar los efectos acostumbrados en este tipo de marcha. El vaivén del carro contribuía a relajar aún más los sentidos de Juan Barreto, quien luchaba por no quedarse dormido. Único despierto ya en el vehículo, procuraba distraerse con cualquier detalle, incluido el escote de la temperamental andaluza. Desconfiaba aún de los cocheros y de su historia sobre las supuestas ovejas. Hubiera preferido tener la certeza de que cometerían un crimen; así, al menos, podría pensar en una alternativa, incluso buscarla entre los tres, pero esa incertidumbre, la maldita duda que lanzara al aire el escribano, lo atormentaba. Luchaba contra la pesadez de sus párpados, contra los derrumbes constantes de su cabeza, contra las mil imágenes que se le agolpaban en la cabeza recordándole la masacre de su pueblo natal…Malaventurado aquel que piensa que su vida pende del sueño que debe evitar a toda costa. Dios cruel se muestra entonces Morfeo. Tortura insufrible, lucha descompensada, batalla perdida. La muerte es sueño.

19

El cese de movimiento actúa del mismo modo que la desaparición repentina del ruido, esto es, nos despierta. La parada de las mulas provocó la interrupción irremediable del sueño en los viajeros, ligero en Juan Barreto, profundo en Rocío y el escribano. La quietud del lugar hizo que los tres compartieran una mirada de intenso recelo.

- Es extraño- empezó el notario-, no esperaba otra posta tan pronto. Cochero, ¿dónde estamos?

El silencio del conductor terminó por confirmarles el mal presentimiento con el que habían despertado, en especial a Juan Barreto.

- Ay, virgencita- suspiró asustada Rocío-, que yo solo quiero ser actriz.

- Calma, calma- continuó Rodolfo-, seguro que hay una explicación lógica para todo esto- dijo para a continuación guardar su

cartera bajo el asiento.

Por supuesto que había una explicación, pero por lógica que fuera no tenía que ser de su agrado. En cuanto asomaron con timidez sus cabezas por las ventanas quedó todo aclarado.

- Conque ovejas- se quejó ya sin remedio Rocío al escribano.

Cinco hombres, aparte de los cocheros, rodeaban la collera armados con pistolas y trabucos. Sin miedo a enseñar sus rostros marcados por el delito, sonreían ante el precioso botín. Los dos conductores salivaban ante su recompensa.

- Primero de todo- dijo el más viejo de los cinco al ver cómo el cochero alto y desdentado le extendía la palma de la mano para cobrar- tiene que verlos mi abuela, y luego ya veremos lo que te pagamos. Además, has dicho que falta el criado, ¿no?

-Pero aun con todo, la caza ha sido buena- protestó él desconfiando de la explicación.

- Te repito que eso lo decidirá la vieja. Y vosotros tres, bajad de una vez- les gritó a los atemorizados viajeros.

En cuanto los bandidos vieron pisar tierra a Rocío comenzaron a aullarle todo tipo de imprecaciones sexuales. La joven no tardó en apoyarse en el brazo de Juan Barreto, quien no podía dejar de pensar en esa vieja de la que hablaban. ¿Sería la misma que le había advertido el trastornado de la prisión de Cádiz? Cuánto deseaba el maestro que don Diego Quintana y Salazar se presentara salvador con su sable en aquel instante. ¿Quién sino él podía sacarle de aquel apuro en el que le iba la vida? porque muerto se sentía mientras forzados andaban hacia lo incierto. Ni siquiera pudo agarrarse a la esperanza de su cuchillo oculto, perdido sin remedio tras el preceptivo registro por parte de los bandoleros.

- Mi criado ha escapado y, sin duda, ha ido a buscar ayuda- gritó Rodolfo.

- ¿Pero cómo va a ir en busca de ayuda si lo tratáis como a un perro?- le espetó en voz baja Rocío.

- El perro regresa siempre al amo- argumentó él con lógica aplastante-. Os advierto que soy escribano mayor del reino- gritó Rodolfo con marcada dignidad al grupo-, en cuanto su majestad perciba mi ausencia ordenará mi búsqueda y estaréis perdidos.

- Poco nos interesan vuestros títulos- señaló con indiferencia el líder de la manada-. En cuanto a su majestad, nada podrá hacer por ti cuando perciba tu ausencia - concluyó provocando una carcajada general entre sus compinches.

- Detesto las bromas privadas- les susurró el escribano a sus compañeros de viaje-, realmente las detesto.

No estaba Juan Barreto para detestar bromas privadas sino para temer por su vida y por la de la mujer que, se suponía, debía proteger. Caminaban sin remedio por un sendero cubierto de pinos desnudos y torcidos. Todo en aquel paisaje presagiaba lo peor. Ni un simple pájaro animando al bosque con su canto despreocupado, ni una ardilla peleada con una nuez, ni un rayo de sol que penetrara entre las ramas enroscadas por el viento. El final del camino cambió el panorama, pero para empeorarlo. A pesar de los empujones y de los insultos, no pudieron evitar detenerse ante las imponentes ruinas que con cierta pincelada romántico-germana se mostraba a quien se tropezara con ellas. Su aspecto no incitaba precisamente a una visita de cortesía, ni siquiera bajo el amparo protector del sol. Lo que debió ser un castillo espléndido, azote de sus enemigos, no era ahora más que un paraje desolado por los escombros. En aquel punto les separaron a golpes, siendo evidente que el destino que aguardaba a Rocío debía ser diferente al de sus compañeros.

- Cuidado con ella- les advirtió el cabecilla-. No se toca hasta que la vieja le eche el ojo, ¿estamos?

- Soltadla, malditos, soltadla-, protestó con una energía inusitada Juan Barreto, aunque, ni que decir tiene, sin ningún efecto práctico. Poco podía imaginar el maestro que entonces empezaba para él la peor pesadilla que un ser humano pudiera imaginar vivir.

Una vez se adentraron en las ruinas, las paredes se estrecharon hasta convertirse en un angosto y lóbrego pasillo en cuya penumbra los bandoleros se manejaban con soltura. El lamento de una pesada puerta les anunció el siguiente paso. Tanto el maestro como el escribano fueron empujados sin contemplaciones hacia el interior de la celda. Los encadenaron y se marcharon riendo. Juan Barreto no sabía qué era lo que más le aterrorizaba, si aquellas risas siniestras, típicas de quien sabe lo que está por venir y disfruta con ello, o el silencio en el que quedaron sumidos tras el portazo de sus raptores. La celda era húmeda y fría, congestionada además por un olor nauseabundo. Con las manos sobre la cabeza y los grilletes lacerando sus muñecas, los presos aguardaban expectantes cualquier novedad, por pequeña que fuera.

- ¿Qué harán con nosotros?- balbuceó al fin el maestro.

- Pedir un rescate, por supuesto- le contestó el escribano con los ánimos y la dignidad aún intacta-, aunque por vos me aventuro a pensar que no conseguirán mucho y tal vez opten por mataros. En cuanto a mí, puedo estar tranquilo. Por supuesto que pasaré ciertas privaciones aquí encerrado, pero todo se resolverá a favor de mis intereses. Además, no olvidéis a mi joven criado. A él no le han capturado. A estas alturas debe de haber llegado ya a la posta.

En toda situación crítica que vivimos acompañados, siempre hay quien mantiene la entereza por nosotros. Da gusto ver cómo nos anima y contagia sus esperanzas. Desconocemos la pasta de la que está hecho, el caso es que si bien al principio lo admiramos, no pasa demasiado tiempo sin que empecemos a envidiarle y, si la situación se prolonga en exceso, seguro es que acabemos odiándole. En aquella triste pareja, esa persona animosa era Rodolfo de Sotomayor.

Poco le animaron las palabras del escribano al temeroso maestro, de modo que decidió permanecer en silencio, que es como mejor se ordenan las ideas. Poco a poco, sus ojos fueron haciéndose a las penumbras. Una pequeña claraboya en el techo dejaba filtrar un tenue halo de luz que podía orientarle sobre el tamaño de su celda, al menos en la mitad donde se hallaba. Era más grande de lo que podía parecer en un principio. De hecho, ambos prisioneros estaban separados por al menos dos metros de distancia. Allá donde terminaba la acción de la débil luz, el maestro podía intuir que la celda continuaba, pero le era del todo imposible atinar hasta dónde. Por supuesto que movió sus manos con toda la energía que le quedaba, pero las cadenas, plantadas en corto sobre sus cabezas, pocas señales de ceder daban a pesar de los años que atestiguaban aquellas ruinas en cada uno de sus rincones. En cuanto el último suspiro de las cadenas se desvaneció en el vacío, el maestro quedó paralizado.

- ¿Habéis oído eso?- le preguntó al impasible escribano.

- ¿El qué?

- Un ruido, como un murmullo.

Rodolfo aguzó el oído pero sin éxito.

- No, nada oigo, aunque para seros sincero, debo añadir que…

-Callad, callad, escuchad.

Era cierto. Estaba allí. Un sonido. Antes no se había manifestado, o ellos no lo habían percibido, pero era real, como un murmullo que se aproximaba. Quizás no estuvieran solos, quizás otro preso agonizara de hambre entre aquellos muros sumergido en la oscuridad. Pronto el murmullo se intensificó. Ya no cabía duda: compartían celda con otra

persona.

- ¿Hola?, ¿hay alguien ahí?- preguntó el escribano, ahora sí, intrigado.

No hubo respuesta, pero el murmullo empezó a ser acompañado por un raspeo continuo, como si se arrastraran los pies. Al cabo de unos segundos interminables, la figura de un hombre comenzó a distinguirse en la penumbra.

- Oh, dios mío, ¿os encontráis bien?- le preguntó el maestro.

Tampoco hubo contestación. El hombre continuó arrastrando los pies hasta llegar al mismo centro de luz que se derramaba desde la claraboya. Su aspecto era del todo repugnante.

- Vaya, debe de llevar siglos aquí dentro- comentó el escribano.

El hombre, ya en la vejez, había clavado ahí sus pies. Ansiaba continuar andando pero la cadena que la anillaba el cuello se lo impedía. Alargaba sus brazos mostrando así su angustia por seguir avanzando, pero no hablaba, solo emitía aquel murmullo gutural que salía de lo más profundo de su garganta. Pronto advirtieron que su boca la cubría una enorme mancha de sangre negra y encostrada. No obstante su grima, Juan Barreto sentía cierta familiaridad con aquel despojo humano, como si ya lo hubiera visto antes, lo cual era por completo imposible.

-¿Cree usted que esté enfermo?- preguntó el maestro a su compañero de celda.

- Es probable. Lepra, lo más seguro- contestó lo mismo que si se tratase de un resfriado.

-¡Santo dios!

- Oh, pero no se altere, la mayoría de los casos de lepra no son contagiosos.

Juan Barreto se debatía entre alterarse o no cuando la cerradura de la puerta se quejó anunciando su apertura. El bandolero que desde un principio se había mostrado como líder entró decidido antorcha en mano. En cuanto vio al hombre descompuesto le acercó el fuego como quien lo haría ante un león hambriento. El supuesto leproso retrocedió en una especie de lamento aunque con los ojos fijos en la puerta. Al poco entró una mujer. Por su aspecto, tanto el escribano como el maestro dedujeron que se trataba de la vieja que tanto habían nombrado sus captores.

Juan Barreto intentó disimular su mueca de asco ante la nueva presencia. Encorvada por la edad, aunque ágil de movimientos y sesera, la vieja se presentaba como lo que era, una piltrafa humana, pero una piltrafa con una más que evidente malicia en sus ojos. Al ver al leproso sonrió con ternura y se acercó a él sin turbación alguna.

- Ya, ya- dijo acariciándole la mejilla podrida-, tienes hambre, lo sé, lo sé. Paciencia, paciencia. ¿No ves lo que te he traído?- y señaló al escribano, quien, por primera vez, empezó a temer seriamente por su vida-, y el otro- continuó para mirar fijamente a Juan Barreto- Sí…-siseó como una serpiente a punto de desencajarse la mandíbula para engullir a su víctima-, es él, sin duda. Su descripción fue muy detallada. Buen trabajo, nieto mío- dijo mirando al bandido-. Paga a los cocheros lo convenido.

- Esos malditos traidores- se quejó indignado el escribano-. Espera, vieja inmunda, espera a que su majestad se entere de esto.

La vieja se llevó su raquítico dedo a los labios para indicar silencio mientras sonreía complacida. Su rostro transpiraba tal maldad que enmudeció a Rodolfo. La anciana, encorvada, caminó entonces hacia Juan Barreto. El maestro, cuanto más próxima la veía, más se convencía de haberla visto antes. ¿Dónde?, ¿cuándo? No en ese siglo, pues eso era del todo absurdo y en el suyo aún más. El hedor de su aliento cercano le hacía apartar el rostro, pero sus ojos volvían a los de la vieja como un pez hambriento al anzuelo tratando de dar con el enigma.

- Juan Barreto- siseó la vieja-, extraño nombre.

- ¿Cómo sabe mi nombre?- preguntó sobresaltado.

- Silencio- gritó el bandolero-. Habla cuando se te pregunte.

- Manuel, no seas duro con él- le repuso la abuela a su nieto-. Es un digno contrincante. A él le permito que me interrumpa.

El joven maestro repasaba desesperadamente cada uno de los minutos vividos desde que tenía memoria. Debía resolver el misterio de aquel rostro repugnante.

- Un nombre extraño, Juan Barreto…-y quedó pensativa-, pero los designios de mi señor son inescrutables- volvió su rostro entonces hacia el escribano para echarle la mirada más despreciable que pudo reunir-. Y tú, miserable notario, ¿Creías de verdad que pediríamos un rescate por un ganso sin alma como tú? ¡Ja! Te aseguro que tendrás la muerte que mereces- y miró con ternura al leproso encadenado.

- Bruja- gritó el notario aparentando una fortaleza que ya no tenía.

- Sí, eso es lo que soy, una bruja, la más grande de estas tierras, aunque mi aspecto pueda hacer pensar lo contrario- y sonrió para mostrar su boca desdentada. Fue entonces, al ver la oscuridad profunda de aquella boca podrida, cuando Juan Barreto resolvió el enigma, quedando maravillado con el parecido asombroso. Claro que había visto antes a esa bruja, en Madrid, en sus años de estudiante, solo que no era hechicera sino una vieja, una repugnante vieja que comía sopa. Era como la del cuadro de Goya, idéntica. Miró entonces al leproso y el corazón quiso detenérsele, pues entendió al fin la familiaridad que había percibido al verle: aquel descompuesto humano era de un parecido exacto al viejo cadavérico que le acompañaba en el lienzo del pintor aragonés.

-Santo Dios- murmuró sin ser consciente de lo audible de su voz.

La vieja avanzó feliz hacia él.

- Es inútil que le invoques. Aquí no es bienvenido tu dios así que no esperes su ayuda- sus cejas blancas se arquearon orgullosas-. ¿Sabes? Yo resucito a los muertos- la frase heló al maestro- Sí, sí. Me río yo de tu dios y de su Lázaro. Yo sí que los levanto y ahí tienes la prueba- y señaló al leproso, quien alargó los brazos al sentirse observado, empezando de nuevo con su tétrico lamento-. ¿Sabes quién es? Mi marido, sí, mi marido- y rió tapándose la boca-. Cayó del caballo cuando le perseguían. Murió por mí, ¿lo sabías? No, claro que no, Tú qué vas a saber. Yo lo resucité, con la ayuda de mi señor, por supuesto. Le devolví a la vida, aunque él en realidad no lo perciba demasiado. ¿Pero sabes una cosa? Siempre tiene hambre- y volvió a reír para ser acompañada esta vez por su tosco nieto-. Síííí…siempre hambriento, hambriento. Sin embargo- puntualizó con el índice hacia arriba-, el problema es mayor porque solo come carne…humana- y volvió a reír.

- Ese hombre no es más que un pobre leproso y tú una bruja despreciable- protestó el escribano.

- Sí, como todas las brujas, despreciables, pero yo la que más. Ahí tienes tu destino, notario. Serás el festín de mi marido; te comerá todo. Bueno, todo, no: siempre deja los dedos de las manos y de los pies, y no sabemos por qué- y se encogió de hombros para reír, esta vez a carcajadas.

- Locos insensatos; no sois más que unos locos- gritó Rodolfo tratando de liberar sus manos.

- ¿Sí?- preguntó ella desafiante. En cuanto el último sonido de aquel intenso monosílabo desapareció, la vieja hizo una señal a Manuel,

quien, sin necesidad de más gestos supo lo que correspondía hacer.

Escribano y maestro quedaron estupefactos, aunque fue Rodolfo el primero que gritó horrorizado. El bandido había tirado la antorcha al fondo oscuro de la celda. Pronto apareció un suelo nauseabundo lleno de despojos humanos, especialmente extremidades. Juan Barreto miró al leproso creyéndole incapaz de semejante masacre.

-Créeme Juan Barreto- le confesó en medio de los gritos del notario-, eso lo ha hecho mi amado esposo- y sonrió-. Y ahora, quitadme a este necio de mi vista- gritó señalando al escribano.

Dos miembros más de la tétrica familia entraron para desencadenar al notario. Rodolfo se resistía histérico. Insistía en que era funcionario del rey, que era intocable, pero sus protestas rebotaban en las paredes sin consecuencia alguna. Sus pies se frenaban en el suelo, mientras los otros tres, evitando al marido de la vieja, lo empujaban hacia el fondo donde se acumulaban macabramente huesos y cráneos.

-Escúchale cómo grita- le señalaba feliz la vieja a Juan Barreto-, como un cochinito; grita como un cochinito al que le llega su San Martín.

El marido de la vieja pudo, al fin, percatarse de lo que sucedía. Su nueva víctima se apretaba contra la pared gritándole que se mantuviera lejos de él. Ante la lentitud de sus movimientos, Rodolfo creyó ver una oportunidad si corría lo suficientemente rápido para recoger la antorcha arrojada al suelo. Aunque dudaba del éxito de su idea, prefería intentarlo a caer en las manos de aquel ser extraño portador de mil enfermedades. Se armó de valor. Sus piernas temblorosas apenas le obedecían; las manos del leproso, o lo que fuera ese ser, se aproximaban peligrosamente. Por fin se decidió y echó a correr. Fue lo último que hizo. De forma inesperada, el aparente leproso se abalanzó contra el escribano a la velocidad del rayo emitiendo el rugido de una bestia enloquecida. Nada pudo hacer Rodolfo sino gritar.

-Ahora, mírame, Juan Barreto, mírame bien- le dijo la bruja cogiéndole de la barbilla pues el maestro había apartado la cabeza cuanto había podido para evitar mirar la carnicería que el marido de la bruja estaba perpetrando sobre el escribano-. Mírame, chiquillo.

- ¿Qué va a hacerme?- preguntó el maestro empezando a llorar.

- Oh, no llores. Ya me advirtió mi señor que lo harías. No, tú no caerás en la tripa de mi marido. Tu destino ya me lo hará saber mi señor. Él lo dijo, ¿sabes?- los gritos espantosos del escribano iban apagándose lentamente- Me dijo, detenle, detén a Juan Barreto, pues él destruirá mi

reino.

-Pero si yo no he hecho daño a nadie en toda mi vida- se lamentó entre lágrimas-. Quien le haya dicho eso se ha equivocado de persona.

- Oh, no, no, créeme: él nunca se equivoca.

- ¿Pero quién, maldita sea, quién me acusa de semejante agravio?- grito tratando de ahogar el ruido que los huesos de Rodolfo hacían al ser partidos.

- Lucifer, por supuesto- le contestó ella con reverente orgullo.

20

Si le pidiéramos a Juan Barreto el favor de describirnos el horror como concepto teórico, es muy probable que nos mirara indignado y nos dijera "quédate en esta celda conmigo y lo sabrás con certeza científica". No había sufrido el maestro una pesadilla que por muy angustiosa, violenta, sangrienta, perturbadora, traumática, abrumadora, cruenta, turbulenta, tormentosa, revuelta, obstinada, feroz, opresora, que fuera, pudiera superar a la visión de aquel ser putrefacto devorando las entrañas de Rodolfo de Sotomayor. La tortura era mayor imaginando con cada chasquido que él sería el siguiente en el menú. Viendo sus ojos vacíos de vida pero asquerosamente penetrantes y su boca ensangrentada, no podía asumir que esa escena perteneciera al mundo terrenal. Debía de estar en una de las celdas del infierno. El tormento era mayor sabiendo que no era merecedor de semejante castigo. No podía haber hecho las cosas tan mal. Semejante barbaridad debía de estar reservada para los criminales más espantosos, pensaba, y él no lo era, tan solo era un maestro de escuela.

Lo peor, el sumun de lo insoportable, era su mirada y el sonido de su mandíbula con la carne cercenada, sonido pastoso, ensalivado, incesante. ¿Por qué no se escondía en la oscuridad de donde había salido? ¿Por qué no apartaba los ojos de los suyos?

- ¡Deja de mirarme!- gritó al fin roto por lo desesperación-. ¡Salvaje, bestia inmunda!- lloraba-. ¡Sacadme de aquí!- clamaba mirando a la claraboya-. No os he hecho nada; ¡sacadme de aquí!

Sus quejas cayeron en el mismo vacío en el que veía su futuro. Por fin, el marido cesó su festín. Ausente de cualquier sentimiento o sensibilidad, arrojó los pies y manos del notario lejos de su persona y se levantó para avanzar hacia Juan Barreto. Cuando la cadena no le dio para

más, extendió los brazos en dirección al cuello del maestro.

- ¡Basta, basta!¡Maldito seas!

Juan Barreto quedó exhausto de tanto gritar. El horror agota y más si es de ese calibre. Dolorido por la postura, apoyó la barbilla en el inicio del cuello. De pronto, un sentimiento inesperado le golpeó la conciencia: la vergüenza, pues en todo lo que llevaba de cautiverio no había pensado ni un solo instante en Rocío. Su corazón se le encogió aún más al recordarla. ¿Qué habría sido de ella? Quiso consolarse al pensar que no la había oído gritar, pero bien sabía que manso alivio era aquel teniendo en cuenta que en unas ruinas tan vastas sus súplicas se habrían disipado pronto entre las piedras milenarias que la recluían. Si el notario había acabado consumido por un caníbal perturbado, valga la redundancia, no quería imaginar lo que podrían estar haciéndole a Rocío en su condición de mujer. Era su protegida, había prometido llevarla a Madrid y había fracasado nada más empezar. Al horror debía sumar la frustración. Tanto dolor y sufrimiento, era siempre igual; qué más daba el siglo en el que se encontrara.

En tales reflexiones estaba cuando la cerradura anunció la llegada de sus carceleros.

- Andando- dijo Manuel al verle- la vieja ha decidido, pero antes nos divertiremos un poco.

Los dos cocheros entraron para liberarle mientras Manuel le apuntaba con su pistola.

- ¡Vosotros!- gritó encolerizado el maestro al reconocerles-. Malditos traidores, así os pudráis en el infierno.

Los cocheros, insensibles hacia unas quejas tan justificadas, hacían su labor ansiosos, impacientes, incluso reían, lo que produjo en el maestro una desesperación mayor, si cabe.

- No, no me echéis a esa cosa- suplicó llorando al verse sin las cadenas.

- No, puedes estar tranquilo; el viejo ya ha tenido suficiente pitanza. ¿Verdad, abuelo?

El despojo humano empezó a emitir su murmullo gutural extiendo aun más sus manos.

-Ah, ¿entonces no vais a matarme?- preguntó el maestro con una

ingenuidad imperdonable.

- Yo no he dicho eso- contestó Manuel sonriendo con sorna.

Los cocheros rieron mientras obligaban a andar a Juan Barreto, turnándose bien con un empujón o con una patada.

- ¿Entonces qué me van a hacer?

-Oh, no te preocupes, te hemos preparado una muerte digna.

Los cocheros volvieron a reír.

- Sí, hemos hecho apuestas y todo- dijo el más bajo escupiendo.

- Es lo mejor de todo- añadió el más alto empujándole.

- Nuestro señor quiere que mueras y no podemos desobedecerle- le explicaba Manuel en su recorrido por oscuros y estrechos pasadizos-. Sin embargo, hemos querido divertirnos un poco antes de que eso suceda.

- Pero si yo no he hecho nada- protestó con vehemencia el maestro.

- Eso ya lo sabemos, pero él quiere que mueras para evitar que lo hagas.

Juan Barreto no podía entender nada.

- Locos, estáis todos locos- gritó resistiéndose a avanzar.

- Como tú digas- sentenció Manuel-, estamos locos.

Con esa conclusión, Manuel dio por concluido el coloquio y en silencio hicieron el resto del camino. Las piernas de Juan Barreto se movían pesadas, atenazadas por el miedo. Por fin llegaron a una estrecha puerta que les llevó al exterior. Quedó sorprendido el maestro, y deslumbrado, por la fulgurante luz del día. Había perdido por completo la noción del tiempo pues él se hacía en plena noche.

Habían salido a un descampado con aspecto de haber sido patio de armas en una vida anterior. En aquellas baldosas rotas la tierra se había sedimentado a conciencia e incluso algunas hierbas crecían desordenadas aquí y allá. En el centro de la explanada empezó a distinguir lo que parecía una figura humana. Deseó que no fuera otro caníbal resucitado por la vieja. No lo parecía, al menos su aspecto amedrantado lo delataba

como un ser vivo.

- Aquí tienes a tu pareja de baile- anunció complacido Manuel.

Juan Barreto quedó atónito al ver que Lorencito, el joven criado del escribano, levantaba la cabeza para mirarle. Se desvanecía en aquellos ojos suplicantes cualquier esperanza de ser rescatados. Tenía el rostro embrutecido por los golpes y le habían enterrado hasta las rodillas. Frente a él, un hoyo esperaba ser ocupado.

- Venga, métete ahí- señaló Manuel al maestro.

Juan Barreto creyó estar viviendo la misma escena que días antes con Santiaguito, solo que en vez de una profunda sima se trataba ahora de un pequeño hoyo. Supuso que el resultado sería el mismo y por ello se resistió. Los cocheros, hartos de su comportamiento, le obligaron a saltar.

- Tápalo tú- dijo el más bajo escupiendo.

- ¿Y por qué yo?- protestó el otro.

- Porque la última vez lo hice yo.

- Eso es mentira, lo hice yo.

- Embustero.

En medio de aquella discusión tan infantil como estúpida, maestro y criado compartían la misma mirada temblorosa y resignada.

- Callaos de una vez y tapad ese maldito agujero- les ordenó Manuel- Estoy empezando a aburrirme.

Se apresuraron los dos sayones y, mientras uno tapaba con la pala, el otro contribuía arrastrando la tierra con los pies. Pronto estuvo Juan Barreto en igualdad de condiciones que el criado. Manuel se acuclilló en medio de los dos.

- Bien, escuchadme con atención- les dijo-. Las reglas son muy sencillas. Aquí os dejamos dos garrotes. Como veis, son bien contundentes- les explicó al tiempo que los dos cocheros traían los garrotes- se trata de una lucha a vida muerte. El primero que le abra la cabeza al otro, vivirá. Si por una fatalidad del destino os negáis ambos a luchar, seremos nosotros mismos quienes os moleremos a palos y los dos moriréis. Primera opción, uno sobrevive; segunda opción, los dos morís.

Manuel sonrió retirándose unos metros para recostarse plácidamente en el suelo y presenciar el espectáculo. Los cocheros hicieron lo mismo aunque protestando por la mala memoria que ambos tenían por las apuestas que habían hecho. Juan Barreto y el criado se miraban fijamente. Ninguno de los dos hacía por coger los garrotes.

- No quiero acabar así- susurró al fin Juan Barreto.

- Yo tampoco- la voz del criado había sonado quebrada.

- Es de locos.

- Sí.

Los bandoleros empezaron a protestar ante la ausencia de actividad.

- ¿Se te ocurre algo?- preguntó inocente Juan Barreto. El criado negó con la cabeza.

- ¡Me aburro!- gritó Manuel, al que solo le faltaba un vaso de vino para que la escena fuera perfecta.

- Tendremos que defendernos- se resignó el criado.

- No, no le demos ese gusto.

El criado mantuvo fija la mirada en los ojos del maestro.

- Primera opción, uno sobrevive; segunda opción, los dos morimos.

La voz del criado sonó tan resolutiva que no ofreció duda alguna sobre sus intenciones. Juan Barreto hizo por agarrar primero su barrote pero el criado anduvo más rápido. El primer golpe lo recibió el maestro, para regocijo de los presentes, en el lado derecho de la cara, una especie de trueno que lo dejó ausente de la realidad por el espacio de unos segundos, los suficientes para que el criado le asestara un nuevo mamporro en la otra mejilla.

- Mira, mira, como Jesucristo- rió el cochero alto.

- El muy idiota. Defiéndete de una vez, señorito- se quejó el otro escupiendo mientras Manuel disfrutaba en silencio del espectáculo.

La sangre se derramaba ya de la boca de Juan Barreto. La imagen de “la lucha a garrotazos” de Goya se le reproducía en la mente sin permitirle reaccionar. ¿Cómo hacerlo sabiéndose portada de la historia de

España del siglo XVIII? Su aturdimiento era tal que empezó a optar por la rendición y quedar a merced de la piedad de su contrincante, algo poco probable pues le desparramó un nuevo golpe, esta vez en mitad del hígado. Le faltaba el aire ahora al maestro, quien se había llevado la mano al costado temiendo que el órgano afectado se le escapara del dolor.

- Vas a perder, Manuel, vas a perder. ¿A quién se le ocurre?, apostar por el maestro.

Sonreía Manuel ajeno a aquellos comentarios.

- Fíjate- señaló un cochero al otro al verle sonreír-, Manuel sabe algo que nosotros no sabemos.

- Algo le habrá soplado la vieja.

- Eh, Manuel, eso es jugar sucio.

Juan Barreto se incorporó ahogado por el dolor para buscar la mirada del criado. Vio entonces que este había empezado a encontrarle gusto a la paliza que estaba infringiendo, identificando en sus ojos lo mismo que había visto en los de Santiaguito: el placer de provocar dolor, estimulado además por la rabia que proporciona una victoria que veía cercana. Inútil apelar a su piedad. Debía defenderse. No supo cómo lo hizo, pero el siguiente golpe pudo esquivarlo tumbándose con agilidad hacia la derecha, quedando por primera vez su garrote al alcance de la mano. No lo dudó. Un nuevo golpe fue lanzado entonces, pero quien lo recibió fue un más que sorprendido criado. La fuerza que se estampo sobre su nariz fue tal que lo cegó por un instante. Juan Barreto no se sabía poseedor de semejante furia. Arreciaron los golpes sobre el criado hasta que su cabeza se quebró y la vida se le escapó por ella. El maestro quedó mirándole perplejo pues nunca antes había matado a una persona. Quiso morir él también, pero las risas de los asistentes le distrajeron.

- Eh, mirad quién ha ganado- anunció victorioso Manuel. Ya podéis ir soltando esas monedas.

- Maldita sea- se quejó el cochero alto-. Eso es jugar sucio. Tú sabías algo.

- ¿Qué voy a saber? Venga, las monedas.

- ¿Y qué hacemos con él?- preguntó el más bajo señalando con desprecio a Juan Barreto.

- Llevárselo a la vieja.

- Ja, pues lo desentierras tú, que yo lo enterré- le aclaró su compañero recostándose en el suelo.

El cochero alto se acercó al maestro sin dejar de imprecarle su victoria. Toda clase de insultos salían de su boca en dirección a los oídos del prisionero, que permanecía inmóvil mirando al muerto.

- ¿Es que no me has oído? Que sueltes el garrote- le repitió por tercera vez enseñándole la navaja que había sacado de su fajín. En vista de que no reaccionaba, se inclinó para quitárselo, momento en el que Juan Barreto le descargó su golpe más brutal en mitad de la cara. El cochero cayó seco en medio de los dos enterrados. Aquel gesto tan salvaje como reivindicativo bien sabía que le costaría la muerte, pero la sensación de alivio por el golpe asestado era tal que decidió que ya no le importaba su destino. Arrojó el garrote lejos de sí con las pocas fuerzas que le quedaban. Todo estaba perdido. Para su mayor desconcierto, tanto Manuel como el cochero restante se echaron a reír a carcajadas. Se incorporaron sin dejar de señalar al compañero caído y más rieron al comprobar el efecto del golpe.

- Pero si lo ha matado- dijo el cochero para continuar riendo junto a Manuel. En medio de la risotada vaciaron los bolsillos de su compañero muerto y le quitaron los numerosos anillos que llevaba. En vista de cómo se resistía el del anular, le terminaron por cortar el dedo.

- Anda, desentiérralo ya- ordenó Manuel amansando su risa-. Y tú quietecito-añadió apuntando con su arma al maestro.

Entumecido y dolorido, medio ciego por la sangre que le caía de la cabeza, Juan Barreto tuvo que ser cogido de los brazos para llevarlo ante la vieja. De nuevo pasillos estrechos y lúgubres fueron recorridos en una marcha que al maestro le pareció interminable. La cabeza le daba vueltas y el cadáver del criado se la aparecía constantemente en forma de remordimientos. Incapaz de pensar en condiciones, la insulsa y chabacana conversación de los ladrones le machacaba el cerebro convirtiendo el castellano en una verborrea ininteligible.

En aquel vaivén interminable, los ojos del maestro caían intermitentemente en el cuchillo que Manuel llevaba en su fajín. Tardó en cobrar forma el arma en su cerebro; tardó en convertirse aquella visión en una posibilidad de salvación pues sus captores le daban por inconsciente. En medio de su desconcierto, la idea de arrebatarle el arma al bandolero fue tomando cuerpo, y, de auténtico desvarío, fue pasando a categoría de realizable. Su adrenalina empezó a reactivarse, especialmente cuando los ladrones empezaron a alabar, a su manera, los encantos físicos de Rocío. En medio de una de sus risotadas, ocurrió lo inesperado para aquellos dos insensatos. La rabia del maestro se materializó y Manuel quedó paralizado al ver el puñal clavado en su pecho. Juan Barreto cayó al suelo, pero,

consciente de que aún no había terminado su hazaña, cogió la pistola de Manuel y apuntó al cochero, quien, desconcertado en un primer momento, echó a correr con las manos en alto. El maestro no dudó y le disparó por la espalda, cayendo sin vida el huido.

Manuel, tendido boca arriba, aún respiraba. Se debatía entre dejar pasar definitivamente a la muerte o decir unas últimas palabras. Su respiración agitada se mezclaba con una especie de risa que simbolizaba su aceptación de los hechos.

- Vaya, esto no lo había previsto la vieja- dijo mirando con alegría al maestro. Nada más dijo, pues sus ojos se clavaron en el techo y su aliento escapó por última vez.

Juan Barreto se apoyó en la pared contemplando el cuadro del que era responsable. Dos muertos a los que había que sumar los dos anteriores. Cuatro vidas había sesgado en el espacio de unos pocos minutos. Inexperto en el terreno de la muerte, no pudo evitar recordar la sed de sangre de Santiaguito. Fue entonces cuando la adrenalina descendió a sus niveles habituales, como si temiera convertirse en una bestia, dando paso a lágrimas de desesperación. Se levantó, caminó unos pasos desorientado, apoyó la mano en la pared y se desmayó.

21

Al hacerse la luz entró en las tinieblas; eso pensó Juan Barreto cuando recuperó el sentido. No hubo de pasar por el desconcierto inicial de temerse perdido pues de inmediato reconoció el lugar en el que yacía. Sellado a golpes, sintió dolor en cada rincón de su cuerpo. No tenía fuerzas para levantarse y, sin embargo, debía hacerlo. La visión de Rocío en manos de aquella vieja demente o en alguna de sus maquinaciones era demasiado intensa como para no reaccionar. Se enderezó con gran padecimiento; hasta los pulmones le pesaban al respirar. De pronto, sintió una punzada aguda en la mandíbula que le recorrió la cabeza. Se llevó la mano a la zona afectada para comprobar con resignación cómo se tambaleaba una de sus muelas. Introdujo la mano en la boca y, tras contar hasta tres varias interminables veces, tiró de ella hasta arrancársela. Miró la pieza con lástima y la lanzó lejos de sí. Fue entonces cuando vio la masacre perpetrada, los cuerpos sin vida. No había tiempo para reflexionar sobre los límites de la defensa propia, de modo que se levantó apoyándose en la pared.

Vio la pistola a sus pies. La cogió y la examinó como un estudiante novato en un laboratorio. Consciente de que la pistola permitía un único disparo, que él mismo había ejecutado, y que no se hallaba en condiciones de comprender su funcionamiento para cargarla de nuevo, decidió llevarla

consigo, contando que, como amenaza, podía darle una oportunidad para defenderse.

Con la siguiente arma tuvo mucho más reparo. Se inclinó ante el cuerpo de Manuel y cubrió el mango del cuchillo con su mano. Cerró los ojos y, luego de un profundo suspiro de rabia, se lo arrancó del pecho. Con más remilgo del que cabía esperar en una situación como aquella, el maestro buscó la manera menos escrupulosa de limpiar el cuchillo. Le llevó su tiempo hasta que al fin se decidió por frotarlo en las ropas del fallecido.

¿Cómo orientarse? Las ruinas se le antojaban inmensas. El día daba sus últimos estertores y la simple idea de que la noche acabara por envolverle le aterraba lo mismo que adentrarse en los pasillos funestos que tanto abundaban en el lugar.

La lógica le llevó a regresar a la zona de su celda, evitando en la medida de lo posible tener que ver de nuevo al marido de la bruja. Si a él y al escribano los habían retenido ahí, era más que razonable pensar que Rocío estuviera cerca. El hecho de no haberla oído gritar o protestar le desmontaba la teoría, pero por algún sitio debía comenzar. Animado por haber podido coger una de las antorchas de las paredes, se adentró en el laberinto de aquellas mazmorras. Mientras avanzaba se le ocurrió pensar en lo bien que se había conservado precisamente esa parte de la antigua fortaleza, mientras que el paso del tiempo se había mostrado inclemente con el exterior, convirtiéndolo en un pálido reflejo de lo que había sido. Pensó que su observación podría derivar en una buena disertación sobre el concepto de la vejez y el espíritu que la sostiene. Mustio por fuera, vigorizado por dentro. Al menos así distraía su miedo cerval mientras avanzaba.

Por fin reconoció el pasillo que conducía a su celda. Una vez junto a la puerta, pudo escuchar los lamentos continuos del esposo de la vieja. El corazón se le apretó ante el turbio sonido de su voz, por lo que se apresuró a continuar. El olor se hacía cada vez más nauseabundo, y Juan Barreto empezaba a tener la sensación de ir descendiendo. No le pareció buena idea, pero ya que había llegado hasta ahí, prefirió no echarse atrás. Tras unos metros, se hizo más que evidente que descendía. Pensó en la posibilidad de estar llegando al infierno, tan eterno se le hacía el desnivel. Por fin alcanzó lo que parecía un rellano de piedra húmeda. Un sonido de origen misterioso le hizo detener. Llegaba como un murmullo, un motor o algún tipo de mecanismo, pero intermitente e intrigante. Dudó. Arriba o abajo, esa era su cuestión vital en aquellos instantes. Al acostumbrarse a aquella novedad cargada de incertidumbre, adoptó la actitud del gato más fisgón y siguió andando. El rumor se fue haciendo más intenso y, con ello, más identificable. Ahora no cabía duda: no se trataba de ningún motor, sino de voces humanas, como un coro que se lamentase al unísono. Se detuvo acongojado por la certeza de que al encarar el siguiente corredor se enfrentaría a la realidad de aquella asonancia espantosa. Aunque algo

en el corazón le prevenía de dar el siguiente paso, la curiosidad le pudo. Extraño comportamiento humano cuando en vez de alejarnos de una situación que nos aterra, optamos por acercarnos a ella. Con tal de mitigar nuestra intriga somos capaces de todo. Contuvo, pues, la respiración, y dobló la esquina. Su primera reacción fue la de retroceder y correr el camino hecho; sin embargo, el horror le paralizó las piernas.

Iluminados por la penumbra, una hilera de hombres y mujeres encadenados a ambas paredes del pasillo se lamentaban pesadamente. El maestro apenas podía respirar, tal era su grado de pavor, pues algo le decía que aquellas personas ya no eran tales sino que compartían su terrible condición con la del marido de la vieja. Sus cadenas les impedían moverse siquiera un centímetro de las paredes, quedando el espacio justo para pasar entre ellos. Esperanzado por la visión de una puerta al final de aquella hilera de despojos, continuó avanzando. Aquellas personas no habían advertido su presencia; simplemente, perdían sus miradas en el encadenado de enfrente gimiendo sin tregua. Juan Barreto cruzaba el pasadizo a pocos centímetros de sus manos. Con la mirada avizora y la antorcha en guardia, sus pies se movían lentamente, como si temiera despertarlos.

Algo terrible sucedió entonces, algo que no debía ocurrir bajo ningún concepto si quería salvaguardar la vida: el maestro tuvo un acceso de humanidad y se detuvo al ver a una mujer entre los encadenados. Su piel podrida y su boca larvada de sangre la hacían tan repugnante como a los demás, pero su condición de mujer despertaba más compasión que el resto de los allí inmovilizados. Quizás por eso, Juan Barreto acercó la antorcha a su rostro, sintiendo el irrefrenable deseo de verla de cerca. Craso error. Tan concentrado estaba en su deseo que el grito desaforado de la mujer al percibir a un ser humano vivo le hizo perder el equilibrio y caer hacia atrás, golpeando la cara de uno de los resucitados y provocando su reacción. Las manos encadenadas y fijas a un tubo de la pared le salvaron de la masacre, pero el precio a pagar fue el despertar del resto de los allí condenados que, de inmediato, empezaron a gritar como posesos ante la visión de carne fresca.

Corrió Juan Barreto en cuanto pudo incorporarse, corrió como nunca lo había hecho en su vida atravesando aquel pasillo ataviado de muertos vivientes; corrió hacia lo desconocido, y nunca antes había deseado tanto alcanzar lo desconocido como en esa hora. Movía la antorcha de un lado a otro para amedrentar a aquellos rostros putrefactos salivados de sangre. Al ver que el recorrido infernal llegaba a su fin, aceleró aún más sus pasos. No obstante, el final del trayecto se le presentó con un panorama aún peor. Al pie de la puerta se amontonaban cinco o seis cuerpos con evidentes signos de haber sido torturados. Los gritos de los encadenados eran tan ensordecedores que le impedían pensar con un mínimo de orden. Como es obvio, si quería abrir la puerta, debía apartar los cuerpos de su camino. Para colmo de su espanto,

comprobó horrorizado que la sangre del suelo aún estaba húmeda. Pensó y repensó hasta que por fin pudo darse valor y empezó a empujar los cuerpos.

Lenta y angustiosa operación le resultó hasta que dejó la antorcha en el suelo y usó los dos brazos para coger los cuerpos. La desesperación refrenaba su grima ante unos cadáveres cuyas heridas aún se mostraban frescas. Por fin le tocó el turno al último de los cuerpos. Nada más cogerlo, su mano derecha fue apresada con fuerza por la víctima. Juan Barreto vio entonces cómo sus ojos cobraban vida.

- Ayuda- pudo susurrar en un último aliento de vida. El joven maestro desenganchó la mano del, ahora sí, cadáver y se apartó preso del horror. Gritó y pataleó frustrado la pared.

- ¡Callaos, callaos de una maldita vez!- gritó a los encadenados, que hicieron caso omiso de la orden.

Juan Barreto recogió la antorcha y respiró hondamente. Lo más fácil se le presentaba como lo más terrible. ¿Y si la puerta estaba cerrada?, ¿cómo saldría de ahí? ¿Tendría que dar marcha atrás y atravesar de nuevo esa fila de muertos de hambre? Su mano tembló al posarse sobre el pomo; solo quedaba presionar hacia abajo. Cerró los ojos y así los mantuvo al comprobar que, efectivamente, estaba cerrada. Tiró y tiró pero nada pudo conseguir, ni siquiera un ligero movimiento de la robusta madera. Dejó caer su espalda en la pared. No podía creer que tuviera que desandar lo andado. Cayeron sus ojos entonces sobre una ligera esperanza. A un lado de la puerta había dos palancas paralelas una a la otra. Reprochó a su histerismo el no haber reparado antes en ellas, aunque se preguntó por qué dos palancas. Si una abría la puerta, lo cual era su deseo, ¿para qué era la segunda?

Acercó el rostro a los dos mecanismos pero nada pudo observar que se saliera de lo normal. Eran dos simples palancas de hierro colocadas junto a la puerta. Su mano derecha se posó en una y otra durante unos minutos. La indecisión le mataba tanto como los gritos de los antropófagos. Por fin optó por la que más cerca estaba de la puerta. La bajó con fuerza pero nada ocurrió. Escuchó, eso sí, un ruido seco e intentó abrir, pero la puerta no cedió. ¿Qué habría accionado entonces? Algo le decía que nada bueno, una sensación de que las cosas, al fin y al cabo, siempre podían ir a peor. Esa misma sensación le impulsó a mirar hacia atrás con resignada aceptación. Había llegado ya al límite de lo soportable. ¿Cómo podía luchar contra algo así? Al accionar la palanca había, simple y llanamente, liberado a los resucitados. Sus cadenas estaban sujetas a un tubo común que pasaba detrás de sus cabezas y que Juan Barreto, en su atrevida ignorancia, había abierto.

Los condenados no tardaron en percibir la ausencia de sus grilletes. En cuanto uno de ellos empezó a correr enloquecido hacia Juan Barreto, los demás le imitaron sin querer perderse una miga de tan suculento plato. Al maestro ya solo le cabía rezar para que la otra palanca abriera la puerta. La bajó a toda velocidad pues poco tiempo le quedaba ya para ser devorado y un nuevo ruido seco se oyó. Su mano voló hacia el pomo, presionó y la puerta se abrió. Quiso gritar de alegría pero tampoco había tiempo para eso. Pasó al otro lado y cerró de golpe notando el impacto de la jauría contra la madera. Juan Barreto se apartó aliviado aunque preocupado por si los monstruos habían retenido en sus cerebros muertos la capacidad de abrir puertas. Vio entonces cómo las palancas estaban colocadas también en el otro lado, donde se hallaba él ahora, justo a la misma altura. Subió la palanca que correspondía a la que había accionado en el interior para la puerta y un ruido seco le hizo suponer que la cerradura se había bloqueado. Puso la mano en el pomo y comprobó aliviado que, efectivamente, sus perseguidores habían quedado bloqueados. Oyendo ell chascar de sus mandíbulas dedujo que se entretenían con los cadáveres que había apartado a un lado. Ni valor tuvo para observar por la pequeña ventana que a modo de mirilla tenía la puerta.

Solo entonces pudo percatarse el maestro de que se hallaba en el exterior del recinto y que la noche se había desplomado sobre su cabeza. Un aire fresco le acarició el rostro animándole a continuar. Podía distinguir la tenue forma de las murallas derruidas y cómo en una de sus esquinas se reflejaba una luz similar a la que desprenden las hogueras con solera. Lamentó entonces haberse dejado la antorcha en el otro lado y caminó a tientas levantando bien los pies para no tropezar.

22

Juan Barreto quiso ser viento para ganar tiempo, hormiga para no ser visto ni escuchado, luciérnaga para poder alumbrar su tortuoso camino y león par ir bien provisto de coraje. Nada ello le fue concedido, teniéndose que conformar con ser un maestro de escuela aterrorizado que caminaba a oscuras hacia lo que parecía ser una reunión intempestiva.

A medida que se acercaba se iba alzando a sus ojos un intenso fuego que alumbraba a un árbol cercano. En torno a la hoguera unas doce personas, entre hombres y mujeres, se agitaban tanto o más que las llamas. Allí estaba la vieja noctámbula, presidiendo la noche y acompañada de otras mujeres y ladrones de la banda, nietos suyos la mayoría. Observaban en éxtasis los movimientos y gritos de la anciana. Su veneración al fuego era tal que no advirtieron la presencia del intruso. Algo clamaba la vieja en

una lengua que Juan Barreto no alcanzaba a comprender. Rostros descompuestos por el deseo la observaban con adoración mística.

Una vez que su corazón alcanzó a domesticar el terror que padecía, pudo el maestro analizar bien la esperpéntica escena, hallando a Rocío atada al árbol. Semidesnuda, parecía estar consciente, aunque desde esa distancia no era capaz de precisar tal punto. La visión de la joven, saber que aún vivía, le alentó más que cualquiera de los rezos que había hecho al altísimo desde que llevara observando el cenáculo.

El plan que urdió resultaba sencillo, aunque no por ello carente de peligro. Solo necesitaba que aquella especie de ceremonia se mantuviera en su locura lo suficiente como para rodear el lugar hasta alcanzar el árbol, liberar a la joven y huir en silencio antes de que nadie se diera cuenta. Fácil, en teoría, pero muchos factores podían jugarle una mala pasada, como el sonido de una rama rota al ser pisada, un tropiezo o dos, un gato dando un quejido histriónico por su rabo aplastado, la inevitable lechuza ululando justo en el momento más inoportuno…Por todo ello, aplicó la máxima precaución al caminar. Suerte para él que aquel rito era bien largo, pues de lo contario lo hubieran descubierto a medio camino. Agazapado tras el árbol, quedó paralizado al ver cómo los presentes se unían a los gritos de la vieja, repitiendo sus palabras, o lo que fueran.

Juan Barreto decidió que ya había visto y oído demasiado y sacó el cuchillo para desatar a Rocío. Sin embargo, en aquel instante un haz de luz explosionó en la hoguera iluminando la noche. El silencio más penetrante se apoderó del siniestro auditorio. Rocío, hasta ese momento en un estado de permanente aturdimiento, levantó la cabeza cautivada por la luz. De pronto, una figura imponente empezó a emerger de entre las llamas. Juan Barreto contemplaba la escena con expectación, aunque, para su asombro, sin apenas temor, quizás escarmentado ya por haber visto a tanto muerto resucitado. Por supuesto, nadie le creería si contara que aquella figura antropomórfica medía cerca de tres metros, lucía orgulloso los músculos de su cuerpo rojo y sus pies de cabra sonaban con poderío cada vez que daba un paso, estando su rostro afilado coronado por una cornamenta imponente.

Los presentes se arrodillaron, empezando por la vieja. Rocío, prendida, seducida, fijaba los ojos en él. Podía haber gritado, pues no llevaba mordaza alguna, pero no lo hizo. Es más, toda la rabia, impotencia y vergüenza que había sufrido al verse arrastrada prácticamente desnuda hacia aquel árbol, se habían convertido en una especie de atracción lujuriosa, agradecida, en realidad, de poderse mostrar así ante él.

- Me habéis convocado y aquí me tenéis- anunció la aparición con voz ronca y profunda.

- Mi gran señor- empezó la vieja aún arrodillada-, te hemos invocado porque solo a ti adoramos.

El ser sonrió complacido ante lo que parecía la rutina de un ritual practicado numerosas veces.

- ¿Qué me habéis traído?- preguntó mirando con sonrisa lasciva a Rocío.

- Una delicia, mi señor, ya la veis, el mejor dulce para vuestro exigente paladar- le contestó la vieja.

El ser cambió sus facciones y se irguió aún más desterrando el lívido de su rostro.

- ¿Y mis planes?

- Todo va según lo previsto, mi amo. Los resucitados son cada vez más numerosos, e insaciables, tal y como vos habíais dicho. No tardarán en ser un ejército.

- ¿Y Juan Barreto?- preguntó arrugando el rostro.

- Muerto, como me ordenasteis.

- No, vieja estúpida, no ha muerto.

Juan Barreto temía que su corazón le delatara. En aquella inmensa locura, en el horror de lo indecible, resultó ser que la vieja le había dicho la verdad. Lucifer en persona había pedido su cabeza, nada más y nada menos que por querer destruir su reinado. Rechazando tan dudoso honor, se levantó y con el cuerpo tembloroso, empezó a cortar las cuerdas que ataban a la joven andaluza. Rocío apenas nada percibía pues sus ojos continuaban hipnotizados por la figura del demonio. Sintiendo una presencia, echó la cabeza atrás al ver cómo una mano le tapaba la boca. Quiso gritar pero Juan Barreto había apretado a conciencia. Le rogó con el dedo índice que no hiciera ruido.

- Eso es imposible, mi señor, yo misma he ordenado su muerte.

- Inútil vieja desdentada, ¿osas contradecirme? Noto su presencia. Sigue vivo- gritó-. Fracasó ese estúpido oso en la cueva, ¿y ahora fracasas tú?

Rocío asintió con la cabeza tranquilizando a Juan Barreto para que le liberara la boca.

- Ya sabes que es de vital importancia que muera- volvió a rugirle.

- ¡Socorro, socorro!

El joven maestro quedó boquiabierto y con sus músculos paralizados al ver que Rocío había empezado a gritar como una posesa.

- ¿Pero qué hacéis?- protestó-, si soy yo, Juan Barreto, el maestro de escuela- le dijo haciendo lo posible por silenciarla.

- Socorredme, mi señor, socorredme.

Todos desviaron la mirada hacia el árbol.

- ¿Ves, vieja inservible, como aún está entre nosotros?- le dijo el demonio esperando de ella una reacción que estuviera a la altura.

- Por poco tiempo, mi señor.

La anciana sonrió enseñando su boca de arpía y sus ojos centellearon de maldad. Dio un grito de guerra y corrió hacia el árbol como jamás se había visto correr a una vieja. Todos los miembros de su grupo la siguieron tan endemoniados como ella. Juan Barreto veía avanzar hacia él a la muerte vestida de jauría humana.

- Soltadme, soltadme- gritaba y forcejeaba Rocío.

- No- gritó con decisión-. Vos venís conmigo.

Se aferró con vigor a la mano de la joven y tiró de ella para obligarla a correr.

- Soltadme, soltadme.

Corría a su pesar la joven andaluza pues Juan Barreto no se resignaba a perderla. En una carrera tan forzada era lógico que no tardaran en tropezar. Rocío cayó al suelo golpeándose la cabeza con una piedra. Dolorida, no entendía bien qué era lo que hacía allí. Miró la expresión dramática del maestro y empezó a entenderlo. Los gritos encendidos de sus perseguidores la orientaron hacia su trágica circunstancia.

- ¿Qué pasa?- preguntó confusa.

- Nos matan- se apresuró a contestarle con la mano tendida para que se aferrara a ella. Rocío no tuvo más que mirar su ropa interior para

recordarlo.

- Ay, virgencita, ¡cómo me han puesto!

La poca ventaja que habían cogido en la carrera se agotaba por segundos. En cuanto Rocío distinguió el rostro desencajado de la vieja clamando venganza, se levantó y puso pies en polvorosa.

- Esperad, esperad- le gritaba Juan Barreto impresionado por la velocidad alcanzada por la rescatada. Avanzaba Rocío sin freno colina abajo directa a la puerta por la que el maestro escapara de los resucitados. Acto seguido, guiado por un impulso del todo equivocado, sacó su pistola y apuntó a sus enemigos. Comprendiendo en el acto la ineficacia de semejante acción, se reprochó su actitud con un chasquido de labios y arrojó el arma contra el clan de la vieja para, de inmediato, correr tras la joven.

- Por ahí no, por ahí no- le gritaba, pero sin resultado pues Rocío solo pensaba en correr para sobrevivir. Llegó a la puerta y, asfixiada por lo recorrido, apretó el pomo.

- Ay, no, virgencita, que está cerrada- se lamentó. En ese momento fijó la vista en la ventanilla central de la puerta para toparse con uno de los rostros ensangrentados de los caníbales. Se echó atrás gritando cayendo en los brazos de Juan Barreto.

- Ay, ay Virgencita ¿qué es eso? ¿Qué demonios es este lugar?- lloraba Rocío viendo que por un lado y otro se hallaban sin escapatoria-. Si yo solo quería ser actriz- clamó esperando una muerte segura en manos de aquella secta satánica.

Ocurre a menudo que en las ocasiones más espinosas se enciende en nosotros un mecanismo que nos ilumina la sesera. No sabemos cómo funciona pero suponemos que se debe al instinto de supervivencia. Juan Barreto, estando a unos pocos segundos de morir, comprendió sin dudarlo lo que debía hacer.

- Escuchadme- le gritó Juan Barreto- cuando os diga, echad a correr.

- ¿Hacia qué lado?- preguntó sin comprender.

- Hacia cualquier lado, corred y no miréis atrás; si nos separamos, nos reuniremos en el mismo árbol.

- Ah, no, ni loca subo ahí otra vez.

- Hacedlo- le ordenó. Puso entonces la mano en la palanca que accionaba la puerta-. ¿Preparada?

- No- gritó ella llorando.

La vieja y sus secuaces se hallaban ya a un par de metros de clavar uñas, dientes y cuchillos sobre sus víctimas. Justo entonces, Juan Barreto bajó la palanca y abrió la puerta. Los muertos resucitados salieron en tromba, excitados ante la perspectiva de tanta carne viva que comer. Algunos incluso surgían ardiendo del interior por haber entrado en contacto con la antorcha que abandonara el maestro. La vieja se percató demasiado tarde del desastre en el que se habían precipitado y la matanza comenzó. En aquella batalla desigual, los vivos hicieron cuanto pudieron por sobrevivir pero la violencia de los muertos les sobrepasó.

Rocío se esforzó por no separarse de su rescatador y corrió todo el tiempo junto a él.

- Ay, virgencita del Rocío, ¿qué era eso?

- Os dije que no mirarais.

- Como para no mirar con los gritos que dan.

Cuando consideraron que estaban lo suficientemente lejos se pararon exhaustos. Miraron entonces hacia la devastación. Algún vivo continuaba aún en pie; los otros, incluida la vieja, eran ya devorados. Jugar a ser Dios mata.

- Tenemos que irnos de aquí- ordenó el maestro rogando porque los muertos no les divisaran.

La hoguera aún crepitaba. Hasta ella llegaban las súplicas de los últimos vivos y los gritos de los muertos. No había rastro de demonio alguno.

- ¿Vos visteis lo que yo cuando estuve en ese árbol?- le preguntó Rocío con los ojos fijos en la lumbre.

- Sí.

- ¿Entonces él era real?

El maestro tardó en contestar. Le hubiera gustado decirle que dudaba de la realidad de cada minuto de su existencia, que con cada paso que daba su único deseo era despertar de semejante pesadilla, que su único anhelo era descansar el sueño de los justos en la pila de muertos de la sima de su pueblo, pero optó por una respuesta más comprensible para

ella y aceptable para él.

-Sabe Dios. Salgamos de aquí antes de que esos salvajes nos descubran.